

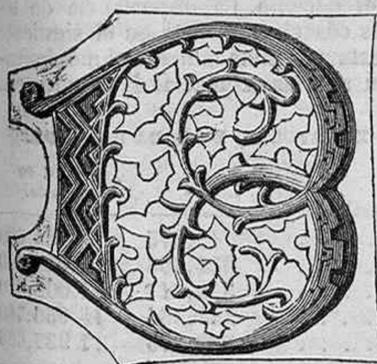


NUM. 46. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos 42 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 18 DE NOVIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



reves palabras diremos del banquete celebrado en esta corte, dias atrás, en obsequio de nuestros marinos, por haber hecho ya de él interesantes reseñas la prensa diaria, con la estension y la oportunidad que re-

quiere la índole de sus diversos órganos. Una mesa espléndidamente adornada y servida, ocupaba el centro del local, y el asiento de preferencia estaba reservado al presidente de la Junta consultiva de la Armada, por indisposicion del ministro del ramo, señor Ruvalcaba. En muchos de los convidados se hallaban representadas las diferentes armas del ejército de mar y tierra, y personas conocidas en el mundo político y en la alta sociedad formaban, en su mayor parte, el resto de la concurrencia. Discursos, brindis, poesías, celebrando los triunfos de nuestra heroica marina y conmemorando las altas virtudes de los que han muerto en el Pacifico por conservar ileso el nombre español; estas y otras manifestaciones patrióticas análogas, fueron recibidas con entusiasmo, viéndose rodar mas de una lágrima por las mejillas de los bravos marinos de la expedicion allí presentes, sobre todo al recordar la muerte de sus compañeros.

Si omitimos por la razon mencionada al principio de esta revista estendernos en pormenores del banquete, no debemos pasar en silencio los brindis del señor Topete, comandante de la *Blanca*, y de su hermano, el director de matrículas. Despues de atribuir aquel á otros, con la modestia del verdadero mérito, las glorias conquistadas en aquellos lejanos climas, lamentó con sentidas frases la pérdida del general Pareja, la

cual, dijo, fue consecuencia de su amor á la patria, de sus sentimientos caballerescos y de su entusiasmo por la honra de la marina. «El—añadió—que tanto nos amaba, nos legó al morir un difícil testamento, que hemos procurado cumplir.» Su hermano hizo votos porque los prisioneros chilenos y peruanos puedan regresar pronto al seno de sus familias, lo mismo que los españoles que están en el Perú. De esta manera hidalga, con esta generosidad propia de almas nobles, responden los valientes á las bravatas, á los atropellos y á los indignos insultos de que han sido víctimas muchos de nuestros compatriotas en Chile y en el Perú.

Nadie hay que aquí no haya deplorado el sensible rompimiento entre pueblos, antes amigos, y á quienes debían unir lazos fraternales; nadie tampoco que no desee la terminacion de esta lucha, constantemente fatal para los que la han provocado; pero si, por efecto de una terquedad inconcebible, los enemigos de España insistieran en sus propósitos, *habríamos de resignarnos... á la victoria*, segun la frase feliz de Manuel del Palacio, en una de sus improvisaciones humorísticas. Y no es sólo de sus compatriotas de quienes nuestros marinos obtienen plácemes por su conducta; los mismos prisioneros se han mostrado agradecidísimos al buen trato recibido en España, como lo prueba el hecho de que al pasar, dias antes de venir á Madrid, el señor Topete, jefe de la *Blanca*, por delante de la cortina del castillo donde se hallan aquellos, fue saludado por los mismos con repetidos vivas.

Otro de los buques de la escuadra del Pacifico, la fragata *Villa de Madrid*, mandada por don Claudio Alvar Gonzalez, ancló en la mañana del 3 actual, en el puerto de Cádiz, frente á los corrales de la Puerta de la Vaca. Los oficiales, guardias marinas, soldados, marineros, autoridades é ininidad de curiosos se dirigieron al puerto poco despues de presentarse á la vista la fragata, recibiendo con aclamaciones de júbilo á los que tan cumplidamente han contribuido á los memorables triunfos de Abtao, Valparaíso y el Callao.

El gobierno francés continúa en sus trabajos de reorganizacion militar; para llevarlos á efecto, hay nombrada una junta, que se ocupa en ellos sin levantar mano: los que levantarán mano de la agricultura y de la industria serán muchos franceses, pues, segun anuncia uno de los últimos números del *Moniteur*, el vecino imperio tendrá en 1867 un millon doscientos mil soldados; sin embargo, *el imperio es la paz*.

Austria, Portugal, Inglaterra, Francia y algunas otras potencias tienen ya ó se disponen á enviar sus representantes á Roma, en donde se esperan graves sucesos y próximas soluciones á multitud de asuntos enlazados con el presente y el porvenir de Europa.

No circulan con tanta insistencia como dias házrumbres de abdicacion del emperador Maximiliano: atribúyese, dicen, este fenómeno, á la nueva política que aquel soberano se propone seguir, apoyada por elementos de que se habia ido separando, y principalmente por el clero mejicano, cuya influencia se ha visto durante algun tiempo eclipsada ó contrariada por los elementos liberales. Lo que fuere sonará, y quizá pronto, si es cierto que el general Santa Ana prepara contra la capital del imperio una expedicion de filibusteros, reclutados en los Estados-Unidos, y cuyo primer cuerpo se compone nada menos que de diez vapores con 6,000 hombres de tripulacion, y el segundo con 4,000.

Las últimas elecciones en los Estados-Unidos, han dado el triunfo á los radicales en todos ellos, menos en los de Maryland y Delaware.

La señorita de Lebouys, célebre violinista, es merecedora de la fama que goza en el mundo filarmónico. Domina el violín de una manera superior á todo elogio, y si algo le faltara para conquistar con él las simpatías del público, supliríanlo así la elegancia de su figura como la modestia, nada teatral, con que se presenta. Cierto es que, sobre los extremos en que termina la banda que le cruza el pecho, y que le regaló la municipalidad de Turin en un concierto á que asistió el rey Victor Manuel, se leen bordadas sobre oro con seda de colores y orladas de perlas, dos inscripciones que dicen, la una: *I torinensi á Caterina Lebouys, célebre violinista italiana*, y la otra: *In segno d'ammirazione ofronno, 9 aprile, 1865*; lo cual no ha parecido del todo bien á tal cual individuo descontentadizo, de esos que todo se vuelven escrúpulos no tratándose de ellos, pues en este caso tienen la manga ancha y no reparan en pelillos. ¿Cuántos varones, á quienes Plutarco, si resucitara, no cometería el delito de incluir entre los suyos ilustres, á no estar ido de la cabeza, no llevan por esos mundos de Dios, pegados á la levita ó al frac, distintivos que van pregonando servicios y méritos mas que problemáticos? ¿Cuántos otros, llenos de merecimientos, no los lucen y ostentan, igualmente, con justo orgullo? Pues si en todos ellos,

y con mayor motivo en los últimos, representan ó se supone que representan esos distintivos, recompensas merecidas, ¿en qué peca la persona que, después de algunas de esas campañas pacíficas, que no cuestan sangre, ni lágrimas, que tanto honran á la humanidad, y que tanto engrandecen á las naciones, muestra con legítima satisfacción, que un pueblo, también artista, se ha dignado distinguirla con sus simpatías? Yo conozco á muchos académicos, y á muchos doctores, y á muchos industriales, y á muchos militares, que en sus obras, en documentos particulares, en los anuncios de sus establecimientos y en las condecoraciones de sus uniformes, espresan bien públicamente sus títulos ó los hechos y méritos que, en su concepto, mas los enaltecen.

Y contrayéndonos al teatro, apenas hay autor dramático que, al frente de sus producciones, no anuncie que han sido aplaudidas, añadiendo alguno que otro, y aun tal vez antes de saber el éxito, que representadas con extraordinario aplauso.

En la semana última fue leído en casa del señor Vizcarrondo, ante una reunion de personas ilustradas, un drama en tres actos, en prosa, titulado *La Cuarterona*, original del señor Tapia y Rivera, escritor puertorriqueño, ya ventajosamente conocido en los círculos literarios de las Antillas, que revela dotes nada comunes para el teatro, haciéndose recomendable particularmente por la sencillez de la fábula, por la naturalidad con que se espone, se desenvuelve y se desenlaza, sin episodios violentos que embaracen su desarrollo, y por el pensamiento social y cristiano que le sirve de base para combatir una funesta preocupación que todavía tiene hondas raíces. La impresion que este drama produjo en los concurrentes, fue muy agradable; deseamos, pues, verlo pronto en escena, y que el éxito confirme el juicio favorable que por la lectura formaron acerca de él los señores que lo oyeron.

Los autores asociados para la publicacion de la *Biblioteca Nacional*, iniciada con la *Flor de epigramas*, de la que van agotadas casi dos numerosas ediciones, acaban de dar á luz la *Flor de letrillas*, libro compuesto, en general, de lo mas selecto que en el género satírico se conoce entre lo antiguo y lo moderno. El pertenecer nosotros á esta sociedad, y lo peor del caso, el de tener alguna parte en la obra de que se trata, nos priva de recomendarla, pero de ningún modo nos impide decir al público que la compre, que la lea, y que celebraremos encuentre en ella un rato de solaz, pues si tiene pocos, éste le vendrá tan bien como entre col y collechuga.

El señor Ayguales de Izco dió en la noche del jueves una de esas brillantes fiestas de que siempre se conserva grata memoria, y en que se rinde religioso culto á la música y á la poesía. Su señora, la señorita de Gonzalez y el señor Reguer cantaron como verdaderos é inspirados artistas, alternando con las piezas de canto las de piano, arpa, violín y oboe, que merecieron grandes aplausos á los señores que las ejecutaron. Leyóse una poesía por Ayguales que, siempre galante, tuvo en ella flores para las damas que le oían y frases de cariño para la juventud estudiosa. La señorita de Balmaseda leyó también una tierna balada; Santisteban hizo desternillar de risa á la concurrencia con una de sus letrillas mas fáciles y mas cáusticas, y Llofríu y Sagera dirigió á nuestros marinos unas décimas que fueron recibidas con aplauso por su entonación briosa y sentida.

Por la revista y la parte no firmada de este número,  
VENTURA RUIZ AGUILERA.

## ESTADO ACTUAL DE LA INDUSTRIA

### SEDERA EN ESPAÑA.

Al generalizarse en Europa los productos del Oriente importados por el poderoso impulso que las Cruzadas dieron al comercio, y por las frecuentes comunicaciones que establecieron con los pueblos del Asia, la industria sedera y la cria del gusano que proporciona la primera y preciosa materia, fueron miradas con especial predileccion y desarrolladas en grande escala y lo suficiente para proporcionar á la vanidad y al lujo de los poderosos sus tejidos predilectos.

Las condiciones especiales de la Península Ibérica eran las mas á propósito para el nuevo cultivo. Su templado clima y sus risueños valles ofrecían terrenos abundantes á plantíos cuantiosos de moreras; la tranquilidad de su apacible primavera brindaba al insecto delicado (*Bombyx mori. Linc.*) con el sosiego indispensable para efectuar sus metamorfosis numerosas y llegar con vida al fin de su benéfica existencia. Hasta los habitantes entonces de tan predilecto territorio, los árabes, preferían la agricultura á las demás industrias y habían de acoger con entusiasmo la nueva ocupacion que tanto se adaptaba á sus gustos y costumbres y que recompensaba con largueza y hasta con usura, el trabajo que exigía, mas grato que penoso.

Como no podía menos, las fértiles campiñas se poblaron de moreras comunes, cuyo grato verde realizó sus encantos y bellezas y que proporcionaban sus

tiernas hojas al voraz apetito de los millones de insectos que, con gran esmero y especial cuidado, criaba el labrador en locales contruidos de propósito y hasta en su vivienda misma. Apenas en los meses de marzo y abril el calor viste á los desnudos árboles, cuando también á su influencia poderosa se aviva la semilla del gusano, y la microscópica larva empieza á exigir los desvelos mas prolijos. ¿A quién no había de admirar en semejantes días, la animacion de las vegas de los reinos de Valencia, de Murcia, de Sevilla y de Granada? Todos sus habitantes tienen ocupacion y destino; los hombres, á los primeros albores del crepúsculo matutino, trepan á los árboles para arrancar las hojas; los muchachos, las conducen á las casas, y después con las mujeres las estienden sobre los gusanos colocados en cañizos. Mientras las larvas del gusano de seda experimentan sus cuatro transformaciones, vulgo *dormidas*, para convertirse en ninfas, no pueden abandonarse ni un instante, de día ni de noche; es preciso proporcionarles con frecuencia alimentos frescos, pues los anteriores ya han llegado á constituir el lecho donde descansan y del que se les varia al despertar de sus dormidas. Tantos cuidados tienen entretenidos y afanosos á cuantos moran en los lugares de las crias. Llega al fin á hilar el capullo, tumba de donde la crisálida ha de salir insecto perfecto ó mariposa, y empiezan nuevas tareas y muy distintas ocupaciones para todos. Mientras unos preparan la fecundacion de los insectos y recogen la semilla, otros disponen las calderas donde han de hilar la seda del capullo. Las operaciones del hilado no son menos gratas y animadas. Debajo de frondosos árboles, es frecuente ver á las jóvenes al lado de pequeñas calderas afanarse en hilar la seda del capullo. Nada tan pintoresco. Los hombres mas fuertes y robustos verifican la misma operacion en locales especiales y por medio de ruedas de mayor diámetro.

Los árabes comunicaron á los cristianos su afición á la cria del gusano de seda; pero al ejecutarse su completa expulsion del territorio de la península, disminuyó un cultivo que exige en pocos días muchos brazos que ya escaseaban por su marcha. El descubrimiento de las Américas y la despoblacion que fue su consecuencia, dieron mas adelante un nuevo y mortal golpe á una industria en otros tiempos tan poderosa y floreciente. Del reino de Granada desapareció por completo, en el de Sevilla quedó reducida á la impotencia, y solo en Valencia y Murcia pudo resistir algo mas á tantos contratiempos.

Los adelantos del siglo actual y el incremento de nuestra poblacion y riqueza influyeron en la industria sedera como en todas las demás, y empezó á adquirir nuevo vigor y desarrollo. El observador curioso podía abrigar esperanzas lisonjeras y fundadas, y predecir en porvenir no lejano, que volvería á extenderse y generalizarse su cultivo, al contemplar las proporciones que adquiría en Murcia y en Valencia. De pronto, una serie de inesperadas contrariedades naturales, ha venido á destruir tan halagüeñas esperanzas. Ya sea una enfermedad epidémica que se ha desarrollado en el gusano, ya sea que la misma radique en las hojas, es lo cierto que, desde hace unos quince años, en los focos principales de produccion, en Murcia, en Valencia, en Baleares y en todas partes, se vienen consecutivamente perdiendo las cosechas.

Cuanto estudios y esperiencias se han hecho á fin de evitar los trascendentales perjuicios que se ocasionan, han sido inútiles. El cambio de semillas, el haberlas importado del Asia misma, los mayores cuidados puestos en la cria, y cuanto pueden aconsejar el interés del cosechero y la necesidad de millares de familias que perdian con la cosecha su bienestar y sustento, han sido inútiles para evitar que el gusano muriese en la época peor, cuando había ocasionado todos los gastos y molestias, al punto de hilar el capullo. Pocos, muy pocos son, los que logran ver hilar á sus gusanos, y estos mismos encuentran después un capullo desprovisto de seda, por mas grande que sea en apariencia.

Tan repetidos sinsabores y pérdidas tan continuadas van produciendo sus naturales efectos. Los plantíos de moreras disminuyen rápidamente y la cria del gusano se limita mas cada día, estando próxima á desaparecer por completo. Tras la muerte del gusano, se vislumbra también la de la industria sedera en sus diferentes aspectos. La base principal de todas nuestras industrias sederas era la baratura y facilidad de obtener la primera materia que se producía á la vez en el país. Dependiente y ligada á la baratura de la primera materia, seguía en su desarrollo todas sus fluctuaciones y nunca se separó, ni pudo separarse, de la misma localidad ó de las próximas, donde se cultivaba el gusano. En Valencia, Murcia y Barcelona tenemos los verdaderos centros industriales en sedas y también los criaderos de gusanos. Unida siempre toda la industria, y siendo cada uno de sus grados consecuencia de los anteriores, es infalible, que al desaparecer los primeros han de perecer también los últimos. ¿Y no vemos confirmada en la práctica esta dolorosa opinion? ¿Qué queda ya en Murcia y Valencia de semejante industria? ¿Resuenan, por ventura, los telares en todas sus calles y en barrios enteros, como hace pocos años?

¿Cuántas fábricas de torcidos y de tintes quedan subsistentes? ¿Cuántos industriales no han buscado otra ocupacion, ó se encuentran sin trabajo? Ciertamente es, que las grandes fábricas, y notadas por cierto, han resistido hasta ahora y siguen funcionando, á pesar de la carestía mayor de las primeras materias; pero su existencia es difícil y penosa y luchan con conocida desventaja con la produccion extranjera. Toda la proteccion será insuficiente para al fin sostenerlas y librarlas de la comun ruina; exigen necesariamente, ó libertad general para igualar sus condiciones con el extranjero, ó que se arranque á la naturaleza el medio de librar de la muerte á los gusanos y de salvar las cosechas de la seda.

Como las existencias de seda van desapareciendo, es preciso renovarlas á cualquier costa y del modo posible. El mercado nacional no ofrece el producto en proporcion á la demanda, y de aquí la necesidad de acudir al extranjero. El comercio exterior debe indicar necesariamente la disminucion de la seda nacional, presentando un aumento análogo en las importaciones y una disminucion en las esportaciones. Con ímprobo trabajo, comprendido sólo de los que conocen las balanzas del comercio exterior, y su estructura, nos hemos proporcionado los datos siguientes, que, aunque incompletos, descubren evidentemente la situacion del mercado español respecto á la seda:

### VALOR DE LA SEDA DE TODAS CLASES.

Años.	Importada. Reales.	Esportada. Reales.
1854. . . . .	25.494,811	7.589,792
1855. . . . .	53.426,463	5.433,148
1856. . . . .	53.784,410	8.883,559
1857. . . . .	41.009,745	9.936,686
1858. . . . .	53.834,311	8.569,656
En el quinquenio. . . . .	227.549,740	40.414,841
1859. . . . .	48.975,353	12.507,193
1860. . . . .	32.730,214	15.458,004
1861. . . . .	76.871,334	8.628,817
1862. . . . .	70.533,352	6.513,686
1863. . . . .	91.921,616	5.808,207
En el quinquenio. . . . .	321.031,901	48.915,907

La importacion crece de año en año, salvo ligeras escepciones hijas quizá de las existencias anteriores, de un modo asombroso. En el año 54 se importaron 25.000,000 números redondos, y 91 en el 63; es decir, una diferencia en mas de 66.000,000. Entre el quinquenio de 1854 á 58 y 1859 á 63, aparecen cerca de 100.000,000 de mas en las importaciones del último. En cambio, las esportaciones se sostienen ó tienden á la baja, como ya claramente se revela en los tres últimos años registrados. Como al fin se pronuncia la baja, que era lo natural, y como el valor de lo esportado no puede compararse con el de lo importado y destruir lo que demuestra, no nos detenemos en conciliar lo que aparentemente indican las cifras de los años intermedios del decenio. La importancia de las pérdidas de nuestras cosechas, consta en el siguiente cuadro, que manifiesta aproximadamente el movimiento del mercado á causa de las exigencias de la industria.

### SEDA IMPORTADA EN CAPULLO, EN RAMA É HILADA.

Años.	Libras.	Valor en reales.
1854. . . . .	11,875	784,000
1855. . . . .	338,268	27.061,440
1856. . . . .	300,617	24.002,960
1857. . . . .	241,354	18.956,760
1858. . . . .	223,375	17.937,690
En el quinquenio. . . . .	1.125,489	88.742,850
1859. . . . .	224,868	17.822,800
1860. . . . .	233,370	16.964,490
1861. . . . .	773,235	53.206,780
1862. . . . .	503,935	38.928,310
1863. . . . .	629,087	49.169,790
En el quinquenio. . . . .	2.364,495	178.092,170

Hace pocos años, era muy rara la partida de capullo importado, y pequeña la de seda en rama, ó hilada sin torcer; hoy son ya frecuentes y considerables y cada día mucho mayores. De otro modo ¿cómo alimentar á nuestra industria?

¿Y no es posible demuestren los anteriores datos, mas un aumento en el consumo que una disminucion en la produccion nacional? De ningún modo. La disminucion ó estacionamiento de la exportacion es una prueba irrecusable de no existir el aumento en los puntos exteriores que proveemos; y en cuanto al consumo interior ¿cómo es posible que de año en año crezca tan considerablemente? ¿Han aumentado, por otra parte, el bienestar individual y la riqueza pública hasta el punto que indicaría un consumo tan cre-

cientemente de artículos, en su mayor parte, de lujo y magnificencia? Mas ¿para qué insistir en lo evidente? La seda va rápidamente dejándose de producir en nuestro suelo y á la vez mueren las industrias nacidas á su sombra.

Como la importación, según las cifras anteriores, aumenta no solo en la seda en capullo y en rama, si que también en la torcida y tejida, es indudable, suponiendo como es lógico en vista del estado de la riqueza y de su desarrollo, al consumo interior cuando menos estacionado, que nuestra industria decrece también rápidamente y que estamos espuestos á que desaparezca por completo haciéndonos, en un artículo mas, tributarios de los extranjeros.

Urgentísimo es, por tanto, estudiar con mayor empeño la cuestión y dedicarse sin descanso á procurar el remedio á un mal hoy perjudicial y mañana irremediable. ¿Y qué hacer, después de lo ya hecho? Por una parte, insistir en los ensayos de las semillas de los gusanos y en los experimentos de las hojas; por otra, impulsar el cultivo en comarcas que en lo antiguo lo obtuvieron, y sobre todo, imitar la legislación liberal de las naciones que, careciendo también de seda, poseen medios, sin embargo, de proporcionar al consumo buenos y baratos sus productos.

Todavía no está todo perdido, ni son los terrenos donde perece el gusano los únicos en la península propios para su cría. Antes de abandonar un manantial tan poderoso de riqueza, es necesario agotar los infinitos medios que restan aun para explotarlo. Grande será nuestra satisfacción, si conseguimos, cuando menos, llamar la atención hácia tan gravísimo asunto.

FRANCISCO CASALDUERO.

## UN DESAFÍO.

### IV.

Aquel día viví medio atontado; nada dejaba de ver, y sin embargo, nada veía.

Con la mirada vaga y errante, parecía un insensato que no se da cuenta de nada de lo que le rodea; mis pasos eran inseguros, mi voluntad nula; tomé un coche maquinalmente y me dirigí al tiro de pistola de la Fuente Castellana.

No dí una sola vez en el blanco.

—¡Estoy lucido! exclamé; si mañana hago lo que hoy, soy muerto.

Sali del tiro de pistola, y despedí el carruaje; dirigiéndome á Madrid, tomé insensiblemente el paseo, y á poco me encontré entre la multitud.

Varios amigos quedaron sorprendidos de la turbación de mi semblante; yo procuré evitar las miradas de todos, y mis ojos dieron con los de mi adorada, cuya expresión era amenazadora. En la situación en que me hallaba, aquello acabó de contrariarme, y volví la vista con despecho á otro lado.

En cambio, á la noche mis pasos me llevaron á su casa; estuve contemplando aquel balcón en que ella solía asomarse, aquellas paredes y edificios testigos de nuestro amor, mi pecho exhaló un suspiro, y por mi mejilla ¿á qué negarlo? rodó una lágrima.

¿Qué noche pasó mas terrible! Lector, tengo tanto apego á la vida como ninguno, pero no me conceptúo cobarde; valor no me falta en las grandes ocasiones, pero no hay tipo mas repugnante para mí que el del perdonavidas.

La idea de ser asesino ó asesinado, á mí, que por constitución, por temperamento, soy incapaz de matar una mosca, llegaba á horripilarme. No dormí.

Me levanté muy temprano, saqué un retrato de mi adorada, que llevaba constantemente en mi cartera, y lo llené de besos; aquella fotografía, obra de Clifford, era modelo en su género; ¡se parecía tanto! Era aun mas bella mi adorada, pero yo en aquella imagen veía á ella, y ella era lo único que ocupaba mi pensamiento el día del peligro.

Así permanecí absorto mas de una hora en aquella muda contemplación, cuando de pronto sentí la campanilla.

Como si hubiera sentido una sacudida eléctrica, me puse en pie, me miré al espejo, y mi semblante volvió á tomar un carácter de insensibilidad que no se avenía bien con el estado de mi alma.

Las horas habían pasado con rapidez. Mi amigo Enrique entró con las pistolas. Eran las seis y media.

En seguida, nos pusimos en marcha; mas al llegar á la escalera, de improviso me acordé de que las cartas, aunque cerradas, estaban sin lacre y sin dirección. Como no mesobraba tiempo, volvíme á mi criado y le dije:

—Juan, he dejado una carta sobre la mesa y otra en el mármol de la chimenea; á la primera, le pones la dirección al juez de primera instancia de Buena-Vista, y la segunda la llevas á la señorita... pero no salgas con ellas antes de las diez.

Mi criado me miró asombrado, no de que le mandara escribir un sobre, pues algunas veces lo había hecho (por efecto de mi habitual indolencia), sino de que escribiese al juez de Buena-Vista. Dos minutos después, una berlina nos conducía á Enrique y á mí fuera de puertas.

### V.

A las siete menos diez llegamos á la plaza de toros: el cochero, que hasta entonces había ido durmiendo, comprendió fuera de puertas el asunto á que le llevábamos, ó á que nos llevaba, y se negó á dar un paso mas.

Enrique sacó las pistolas; el argumento pareció convencerle, pues diciendo que *cedía á la fuerza*, tuvo á bien conducirnos al punto de la cita, la tapia última de los Campos Elíseos.

Mi adversario me esperaba ya: á su presencia, sentí enardecerse la sangre; nos hicimos un saludo con la cabeza y nos colocamos en nuestros puestos, previo el reconocimiento de las pistolas.

Verdaderamente, es irracional á veces el juicio de los hombres. Sin haber mediado palabra alguna, sin habernos pedido explicaciones, sin otro motivo que un lance que nadie presenciara, íbamos á matarnos friamente la segunda vez que nos veíamos en el mundo.

No quedó por los padrinos, que hicieron cuanto estuvo en su mano por evitar que la cuestión llegara á tan triste terreno; pero ni yo me avenía á darle satisfacción alguna, ni él á mí, ambos fundados quizá en la absurda consideración de que al dar cualquiera explicación se faltaba á aquel *secreto á voces* de mi amor y sus ocupaciones en aquella casa; aparte de que pudiera interpretarse como *miedo* á batirse.

Nos colocamos en nuestros puestos: mi mano vacilaba empuñando la pistola; puse el dedo en el gatillo... No estaba yo para hacer reflexiones, pero antes de disparar creí ver á mi antagonista muerto á mis pies.

Mi conciencia me llamaba asesino. Un pensamiento egoísta, sin embargo, me repuso. Si no le mato, me mata él á mí... Levanté mi pistola. A la segunda palmada, una nube pasó por mis ojos, á la tercera disparé.

¿Había cometido un crimen? ¿Había matado un inocente? Cuando el humo de la pólvora se aclaró, latiendo el corazón con una violencia desusada, eché una mirada desconsoladora á mi adversario. Este examinaba friamente el arma que tenía en su mano derecha.

Yo no me quedé entonces pálido, porque ya lo había estado; me puse amarillo. Aquel hombre tenía mi vida en sus manos. La idea de poder instantáneamente caer muerto como un perro, sin auxilio alguno y sin compasión, me horrorizaba. Yo soy cristiano, y francamente, mas que la muerte, me asusta la manera de morir.

Yo no sé si elevé mi corazón á Dios, si su providencia veló por mí. Mi adversario disparó; acaso era tan buen tirador como yo, pues erró el tiro.

Los padrinos se echaron encima, negándose á cargar de nuevo las pistolas. Yo estuve á punto de ceder. Mi antagonista, sin duda por pundonor, se empeñó en continuar el desafío. Se volvieron á cargar las armas.

En esto, voces, gritos, alaridos, correr de gentes, un tumulto, en fin, vino á amagarnos. Las armas homicidas se volvieron al enemigo común, á una sola señal de inteligencia que nos hicimos, aplazando el duelo.

### VI.

¿Cuál podía ser la causa de aquella alarma? ¿Acaso uno de esos crímenes que suelen seguirse unos á otros en la corte, como un contagio epidémico? ¿O acaso nos amagaba una revolución? ¿Se trataba de algún ladrón homicida, de algún feroz asesino, ó era que se iniciaba un movimiento revolucionario?

Dirigimos la vista en lontananza y vimos volar por los aires dos ó tres carretas de bueyes. Aquello era un esfuerzo sobrehumano ó sobrenatural, quizá algún accidente geológico. Oyéronse varios tiros, y vimos huir á los pacíficos conductores de aquellos vehículos que volaban.

Algo extraordinario pasaba en el barrio en que nos hallábamos.

De pronto, por entre los raquíticos árboles que forman calle á los lados de aquellos caminos, vimos destacarse una nube que avanzaba imponente arrastrando un árbol talludito. ¿Qué era aquello? A poco salimos de nuestro asombro. Era Pizarrito, el elefante que días antes había luchado en la plaza de toros, que, encerrado en el pequeño redondel, había arrancado suavemente las puertas de su domicilio con una caricia de su trompa, y se divertía en dar un paseo matinal.

Instantáneamente volví la cabeza para mirar á mi adversario, que no pudo contener la risa que asomaba á sus labios, solté yo también una carcajada, y ya nos fue imposible recobrar nuestra gravedad anterior.

Los padrinos, que vieron aquella ocasión propicia de concluir con nuestro lance, empezaron á distraer nuestra atención con chistes y bromas; la conversación se animó, y olvidando el objeto de nuestra rencilla por un momento, los dos antagonistas tomamos parte en el diálogo general, y de una en otra cuestión vinimos á parar á la nuestra, y á pocas frases que sobre ella cambiamos, logramos entendernos.

¿Cuántas veces la preciosa vida del hombre es juguete de la mas insignificante de sus acciones! ¿Cuántas puede salvarse su inapreciable existencia con una palabra oportuna, con un contratiempo que distraiga su ceguera ó la de su adversario!

Los padrinos, satisfechos de su obra, no pararon en esto, sino que nos obligaron á ir juntos á almorzar, y

los cuatro nos encontrábamos á las dos horas de este incidente en la fonda de Lhardy.

### VII.

Después de engullir tres ó cuatro suculentos platos, y de apurar unas cuantas copas de *champagne frapeé*, el vinillo, que ya se me iba subiendo á la cabeza, me alargó un poco la lengua, y en medio de la bulliciosa conversación se me ocurrió brindar «por las novias de todos los presentes.» Mi padrino aceptó el brindis con entusiasmo; pero mi adversario y el suyo se miraron y sonrieron.

—¿Qué, ninguno de ustedes dos tiene novia? exclamé yo. ¿Piensan ustedes dedicarse á la carrera eclesiástica?

—No señor, yo no pertenezco, ni puedo pertenecer ya al estado honesto.

—¿Es usted casado?

—Sí señor, y vivo en el cuarto segundo de la casa que usted pretendía asaltar esta noche.

—Poco á poco, yo iba...

—Al cuarto... principal.

—Pero solo al ventanillo.

—¡Ya! ¡con que es usted el héroe de tanta aventura, el que ha luchado con...

—La nariz del papá, los cien ojos de la mamá, los mil juegos de los niños de la casa y la inmensurable espartáica, pírrónica de los criados y porteros de mi novia.

—Hombre, que sea enhorabuena, eso le eleva á usted en mi estimación.

—¡Gracias, gracias! pero aquí para *inter nos*, ¿fue usted, con franqueza, el que me dió el bofetón?...

—Sí, señor.

Yo me fui acercando á él.

—¿Y puedo saber á qué debo?...

—Ja, ja, ja, ja!

—¡Pues me gusta la broma! ¡se rie de que me ha dado un bofetón! pues á mí maldita la gracia que...

—Ja, ja, ja, ja!

—Sepa usted que yo también sé dar bofetones; ayer mañana me despaché con uno á mi gusto allí mismo.

—Ja, ja, ja! ¡si decía yo que usted había sido!

—Y seré, si usted continúa riéndose.

—Hombre; ¡por Dios!

—No volvamos á las andadas.

—Caballero, voy á decir á usted...

—¿Por qué se rie?

—Sí señor, si usted me promete no reirse tampoco de mí al saber el motivo.

—Bueno, lo prometo, adelante.

—Yo, que sabía todas las penalidades que usted tenía en sus amores (lo sabía de oídas, no sé cómo) deseaba trabar conocimiento con usted, porque no soy gran amigo del papá.

—¿Como que es su casero de usted!

—Pues como iba diciendo, yo quería conocer á usted; pero el portero que lo comprendió, y veía un peligro para su amo en nuestra amistad, me hizo creer que usted era un pollo tonto...

—¡Oiga!

—Que quería enamorar á mi mujer, y para lo que había ya empezado por hacer el oso paseando la calle. Yo no lo creí, pero indirectamente empecé á preguntar por las aventuras del novio de mi vecina, y me aseguraron que habían ustedes concluido sus relaciones. Al ver á usted luego tantas veces por allí, y no conociendo al novio en cuestión, sospeché algo de usted. Un día, me aseguró el portero que usted asaltaría la casa quizá en connivencia con mi mujer. Por cuanto vos, anteanoche le pilló á usted abriendo el portal y... ya sabe usted lo demás. Subí, me encontré á mi mujer acostada y durmiendo, y me reí de las sospechas del cancerbero. Al bajar ayer temprano, pues tenía que ir á esperar á este amigo que ha sido mi padrino, y llegaba en el tren de las cinco y treinta de la mañana, ví en la escalera á usted, y volví á dudar un momento.

El escándalo que movimos, si no publicaba mi deshonor (pues ésta no existía), daba materia á mil cuentos y habillitas que me propuse acallar batiéndome con el lucero del alba, y empecé por usted, y hubiera seguido por el portero, pues su mujer vino á separarnos.

—¡Maldito portero! ¿Y á quién solfé yo?

—A quien antes había querido solfearle á usted, al que me llevó las denuncias, al mismo portero.

—¡Pobre hombre! ha sido causa de un duelo.

—Y de un almuerzo.

En los postres de éste concluyó mi desafío.

F. DE ZULUETA.

## TABERNACULO

### DE LA VIRGEN DE SAN MIGUEL DEL HUERTO

#### EN FLORENCIA.

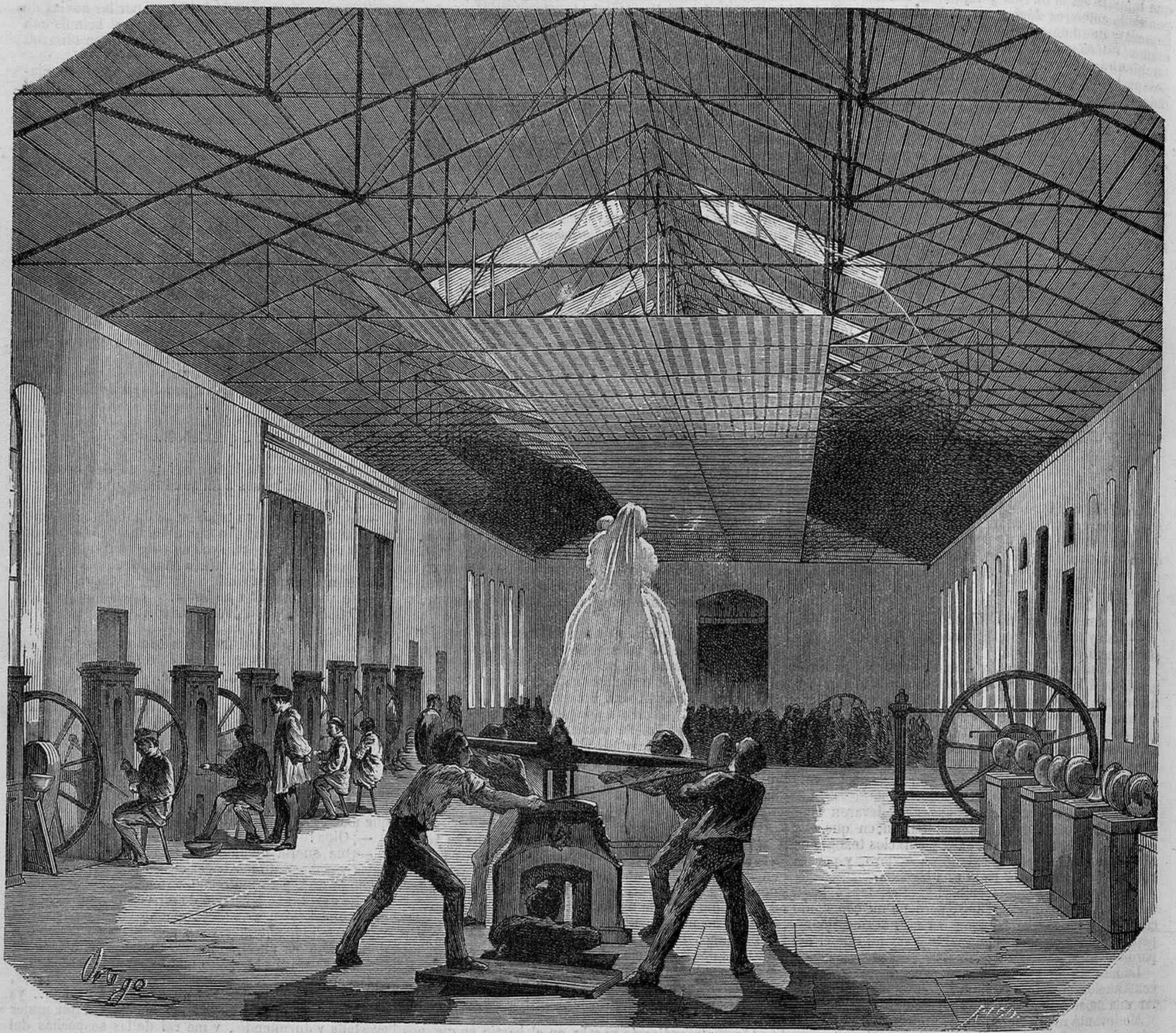
El monumento de que en breves líneas vamos á ocuparnos, y cuyo grabado aparece en EL MUSEO de hoy, es uno de los muchos edificios notables que embellecen á Florencia, novísima capital del reino de Víctor Manuel, y museo que ha hecho tributarios á los primeros artistas del mundo en todas épocas, y seña-

ladamente en tiempo de los Médicis, que por su inteligencia, por su liberalidad y por la protección que dispensaron á los genios creadores de tantas maravillas, dieron en el arte y en las letras nombre en Italia á su siglo. El pintor, el poeta, el escultor, el literato, el filóso-

fo, hasta el viajero que por simple curiosidad visita la ciudad monumental que hemos nombrado, encuentran en ella realizado cuanto la imaginación puede crear en sus sueños mas encantadores. El arte griego, el arte cristiano, el Renacimiento, todas las épocas, todas las

escuelas han dejado magníficas huellas de su paso por la ciudad famosa.

El tabernáculo de que se trata, al que debe gran parte de su prosperidad Florencia, fue en su origen un espacio cubierto, llamado *loggia*, construido en vista



MADRID. — DEPARTAMENTO DE ACUÑACION EN LA FÁBRICA DE MONEDA.

de dibujos de Arnolfo, en el sitio que á fines del siglo XIII ocupaba una antigua iglesia dedicada al culto de San Miguel del Huerto; espacio hecho de ladrillos y que servía de mercado de granos; pero habiendo crecido la riqueza pública y privada, al par que el número de habitantes de Florencia, se conoció la necesidad de ensanchar la población, como también de embellecer el monumento que nos ocupa, á cuyo efecto se le dió la forma de torre, en testimonio de la gratitud de los florentinos á la Providencia, por la protección con que los había favorecido en sus empresas comerciales; á esta obra contribuyeron los mejores artistas de Italia, los cuales adornaron las pilastras con ornacinas en que cada uno de ellos colocó la estatua del respectivo santo protector, según aparece en la medalla acuñada en 1331, que se depositó con gran solemnidad en el cimientó.

Se cree que el arquitecto de la nueva construcción de dicha fábrica fue Tadeo Gaddi, sucesor del Giotto en el modesto empleo de maestro de obras de la municipalidad, título al parecer humilde, pero que tenía significación mas importante en aquel tiempo que en el nuestro. Sucedió en él á Gaddi el Orcaña, cuyo genio se mostró claramente en la obra que representa el

grabado, verdadero poema monumental destinado á promover la devoción y el respeto hácia la imagen de Nuestra Señora de San Miguel del Huerto, á quien la piedad de los fieles atribuía la prosperidad del comercio de granos, en términos que cuantas personas participaron de estos beneficios, enriquecieron el monumento con cuantiosos donativos, aumentándolos también las que se salvaron de una horrible epidemia, invocando el auxilio de la Virgen, y que ascendieron á la suma de 3,050 florines de oro. De entonces data la transformación del primitivo mercado en oratorio.

La imagen de la Virgen, pintada á la manera del Vasari, en una de las pilastras de la torre ó *loggia* desapareció á consecuencia de un incendio que destruyó gran parte de la ciudad, y fue sustituida con otra que es la que subsiste hoy día en el Tabernáculo, pintada sobre madera, de mano mas correcta y hábil, lo cual indica que es debida á un artista mas moderno.

Andrés Orcaña, dotado de imaginación poética tan maravillosa que descolló en la pintura, en la escultura y en la arquitectura, fue tan necesario como Miguel Ángel en la época del gran auge del poder temporal de los Papas, fundiendo, digámoslo así, entrambos en una sola las tres distintas artes, de cuyos elementos com-

binados nacieron sus grandes y únicas creaciones, distinguiéndose la de Orcaña por lo correcto del estilo. A él le ocurrió la idea de cerrar los arcos del recinto, y de santificarlo haciendo el suntuoso Tabernáculo de que hablamos, con el fin de hacerlo objeto de la universal veneración. El oratorio convirtióse pronto en iglesia predilecta de Florencia, y en 1565 el pueblo, solemnemente reunido en la plaza, declaró á una voz que su abogada sería la Virgen de San Miguel del Huerto, que en dicho templo se veneraba.

Sobre su altar juraban los hombres de Estado y jefes del gobierno desempeñar bien y fielmente la administración de las cosas públicas, y aun en nuestros días se hacen también allí ofertas por los dignatarios de la Iglesia y los superiores de las órdenes religiosas.

El servicio del culto de este oratorio y la administración de las rentas de sus bienes, están á cargo de un magistrado, diez capellanes y dos clérigos.

La parte superior del edificio, ó sea el segundo piso (para no quitarle su primitivo destino, al cual debió el ser,) es el archivo donde se conservan los contratos comerciales y otros documentos que acreditan la propiedad y aseguran el derecho á los dueños

Mi  
como  
de Je  
da E  
Del  
resul  
bró e  
acto  
vida,  
tes d  
en u  
gran  
cana  
de str  
segun  
una c  
salen  
Un  
muy  
pone  
perfe  
Marc  
luego  
lista;  
da en  
punto  
vados  
Sion  
tonce  
dad  
vistas  
confi  
Muer  
El  
habla  
sa y  
no di  
«P  
de lo  
la Pas  
ron le  
á Jesu  
guntá  
de qu  
dispo  
na de  
Y J  
pondi  
ciuda  
len—  
perso  
San  
dadle  
El M  
mi tie  
ca: v  
en tu  
cua c  
pulos  
Hi  
los c  
que J  
denó,  
ron l  
para  
Llega  
se dis  
la ce  
ella,  
El  
que d  
últim  
instit  
la Eu  
lebró  
to s  
ahora  
turgia  
taba  
tonce  
mos  
tró d  
de Jer  
molic  
tual,  
Santa  
puerta  
ta de  
Cua  
que b  
despu  
pulos  
mo si  
igual  
primit  
Com  
al niv

## ARQUEOLOGIA CRISTIANA.

## LA PRIMERA IGLESIA.

Mística y realmente hablando, debe considerarse como la primera iglesia del Cristianismo el **CENÁCULO DE JERUSALEN**, en el que Jesucristo instituyó la Sagrada Eucaristía, después de celebrada la cena legal.

Del Evangelio de San Marcos.—Cap. XIV, ver. 15— resulta que celebró el Señor este acto sublime de su vida, dos días antes de su muerte, en un comedor de gran estension—*cenaculum grandestratum*—de un segundo piso de una casa de Jerusalen.

Una tradición muy admitida supone que la casa pertenecía á San Marcos, el que luego fue evangelista; casa situada en uno de los puntos mas elevados del monte Sion y dentro entonces de la ciudad Santa, con vistas hasta los confines del Mar Muerto.

El Evangelio, al hablar de esta casa y de su dueño, no dice sino:

«Próximo el día de los ázimos ó de la Pascua» acudieron los discípulos á Jesus y le preguntaron:—¿Dónde quieres que te dispongamos la cena de la Pascua?

Y Jesus les respondió: «Id á la ciudad — Jerusalen— á casa de tal persona, — sería San Marcos — y dadle este recado. El Maestro dice: mi tiempo se acerca: voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.»

Hicieron, pues, los discípulos lo que Jesus les ordenó, y prepararon lo necesario para la Pascua. Llegada la hora, se dispuso Jesus á la celebracion de ella, etc., etc.

El edificio en el que después de la última cena legal instituyó el Señor la Eucaristía ó celebró el primer acto sagrado que ahora llamamos liturgia ó Misa, estaba situado entonces, como hemos dicho, dentro de los muros de Jerusalen; mas ahora, después de las varias demoliciones que sufrió, se encuentra fuera de la actual, al extremo del monte Sion, al Mediodía de la Santa Ciudad, á unos setenta ú ochenta pasos de la puerta *Sterquilinea* y á doscientos y tantos de la puerta de *Sion*.

Cuando Santa Elena volvió á levantar este edificio, que bien podemos llamar PRIMERA IGLESIA CRISTIANA, después de la ruina general de Jerusalen, cuidó escrupulosamente, no solo de que se construyera en el mismo sitio, sino tambien que, en lo posible, guardara igual forma y la misma distribucion que tenia en su primitivo estado.

Componiase de dos grandes salas ó pisos, uno bajo, al nivel del suelo ó de la calle, y otro superior, en cu-

ya altura estaba el cenáculo, en que, reunido el Señor con sus discípulos, celebró su última Pascua, lavó los pies á los apóstoles é instituyó la Sagrada Eucaristía.

Se subiría á él por medio de una escalera exterior, como tenían muchas de las casas aisladas de aquellos países, hasta llegar al terrado ó plataforma del edificio.

San Gerónimo asegura haber visto ambas iglesias; y San Cirilo, obispo de Jerusalen, en otro de sus sermones predicados en la misma Iglesia superior por los años 370, dice: «Nosotros confesamos al Espíritu San-

San Lucas, escribiendo los *Hechos de los apóstoles*, habla de este último acontecimiento, del modo siguiente:

«Poco antes de ascender el Señor á los cielos, dijo Jesus á sus discípulos:

»Recibireis la virtud del Espíritu Santo, etc.

»Luego entráronse en la ciudad, subiéndose á una habitación alta, ó sea *Cenáculo*, en donde tenían su morada Pedro y Juan, etc.

»Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oracion con las piadosas mujeres y con Maria la madre de Jesus, y con los hermanos ó parientes de este Señor.»

«Al cumplirse los días de Pentecostés ó el día quincuagésimo de la Resurreccion del Señor, estaban todos juntos en un mismo lugar: cuando de repente sobreviene del cielo un ruido como de viento impetuoso que sopla y llenó toda la casa.»

«Al mismo tiempo, vieron aparecer unas comolenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos.»

«Entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca, etc., etc.

Desde aquel momento principió la publicacion de la Nueva Ley, ó predicacion del Evangelio, y el establecimiento de la Iglesia de Jesucristo.

Habiendo mucho tiempo después demolido los árabes estas iglesias, la piadosa Sancha, reina de Sicilia, consiguió, mediante sumas inmensas, que se restituyeran sus ruinas á los padres franciscos de la Tierra Santa.

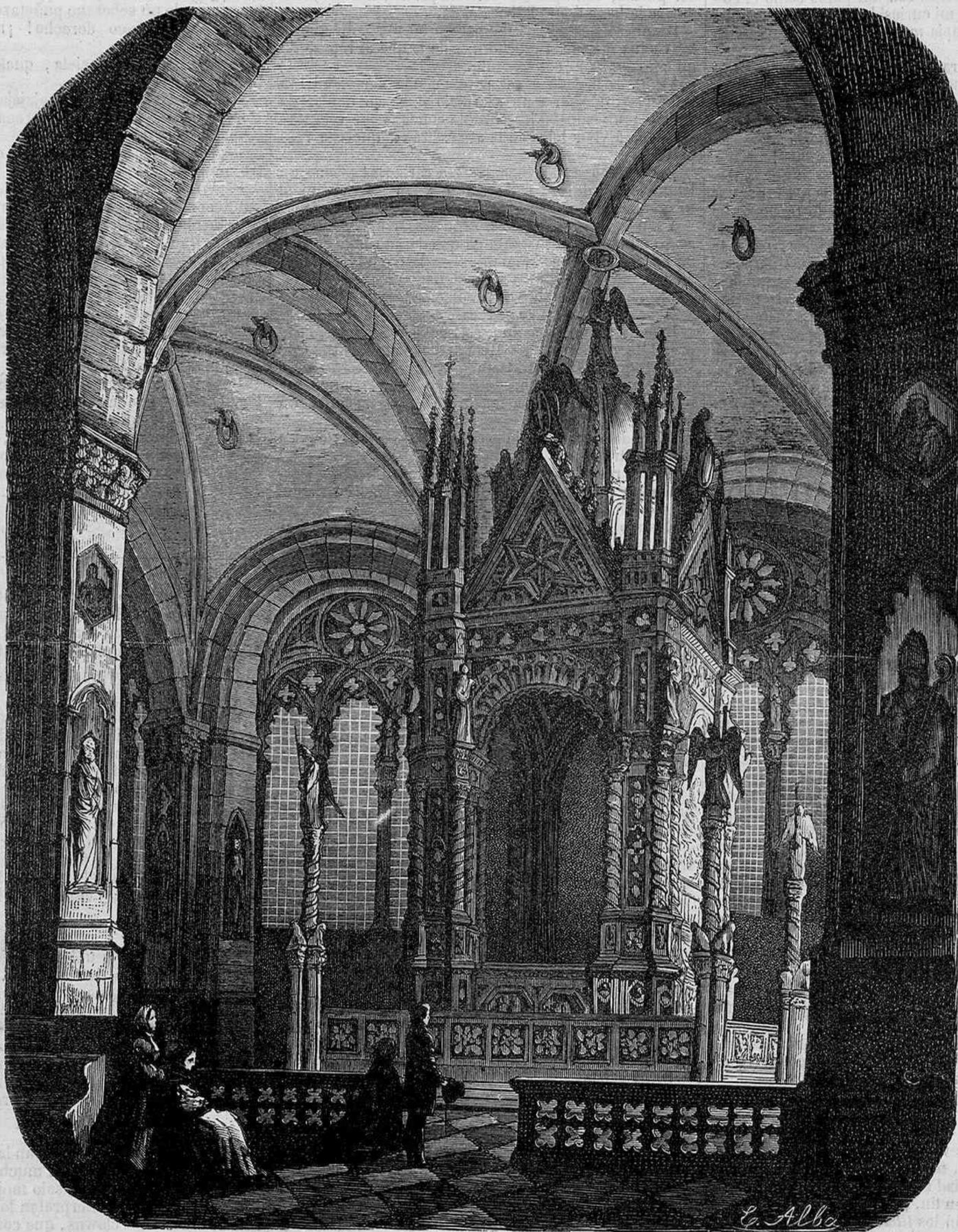
En 1343, Roberto, rey de Nápoles, hizo construir en el mismo sitio que ocupó la iglesia, un convento para los padres Custodios del Santo Sepulcro, y fue el primero que poseyeron en Jerusalen, y del cual estuvieron en posesion hasta el año

de 1561, en que los turcos los arrojaron de él.

El pretexto fue, segun, decian que no era prudente que los cristianos, enemigos naturales de los turcos, ocuparan uno de los puntos mas culminantes del Monte Sion, desde el cual se descubren el Mar Muerto y varias de las montañas de Judea; y dominando, por consiguiente, toda la ciudad, pudieran transformar el convento en una fortaleza que batiera y subyugara la poblacion y sus alrededores.

Echados los padres franciscos, los turcos convirtieron este santo lugar en una de las mezquitas mas considerables, quedando rigurosamente prohibido á los cristianos, no sólo entrar en ella, pero ni tan siquiera aproximarse al edificio.

V. JOAQUIN BASTÚS.



FLORENCIA.—TABERNÁCULO DE LA VÍRGEN DE SAN MIGUEL DEL HUERTO.

to que descendió sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego el día de Pentecostés, en este mismo sitio de Jerusalen en que nos encontramos, que es la IGLESIA SUPERIOR DE LOS SANTOS APÓSTOLES.»

Y en efecto, en este sitio era donde particularmente se reunían los apóstoles, después de la muerte de Jesus, en union de la Santísima Virgen.

En esta iglesia ó lugar de reunion visitó el Señor mas de una vez después de su resurreccion, hasta su ascension gloriosa á los cielos: en esta primera iglesia fueron ordenados los primeros diáconos: allí se reunió el primer concilio, y de esta iglesia matriz salieron los apóstoles á predicar por todo el mundo la doctrina sublime de Jesucristo, después de haber recibido el Espíritu Santo.

## EL LORO DE MI VECINA.

## I.

Lector, ¿eres casado?

No te pongas en guardia por esta preguntilla hecha á quema-ropa. Te aseguro que al dirigírtela no he tenido ni el mas remoto pensamiento de faltar al respeto que me inspira la propiedad ajena... ¡Libreme Dios de semejante crimen! Así, pues, tranquilízate, y contéstame francamente; porque te juro, bajo palabra de honor, que mis intenciones son tan puras como el corazón de una virgen, y mi curiosidad hija tan solo, como vas á ver, de la filantropía mas sublimada.

¿Has dicho que no?

Pues tanto mejor para tí, si hemos de creer al refrán del *buey suelto*, etc.; pero, por si acaso algun día se te antojase poner tu independiente cerviz bajo la dulce coyunda matrimonial, escucha un buen consejo de amigo y no lo deseches nunca de la memoria:

¡No te cases con una mujer que tenga loro!

Cuando llegue el día, para tí supremo, en que te decidas á trocar tu independencia de célibe por las serias obligaciones de padre de familia; cuando te pongas á buscar una compañera que endulce las amarguras de tu peregrinación por este valle de lágrimas, nada te importe que la que haya de ser tu futura costilla posea todos ó algunos de los defectos llamados capitales, como el furor por el lujo, el coquetismo, la tonturía, etc.; todas estas son pequeñeces de que podrás curarla, mas tarde ó mas temprano, poniendo en práctica los remedios indicados por la ciencia; pero si notas en el balcon de tu presunta una jaula de hoja de lata, dentro de la cual ostenta su verdoso plumaje un maldito papagayo, apresúrate á romper los nudos, cualesquiera que ellos sean, del compromiso que hubieres contraído, porque una mujer invadida por esa terrible enfermedad, llamada *filoritis*, ni se cura, ni se alivia y te haría vivir y morir mártir.

Una mujer por sí sola, á juzgar por lo que dicen los detractores del sétimo Sacramento, es ya una carga demasiado pesada; pero una mujer con loro es el resumen de las siete plagas de Egipto, y estoy seguro de que si el bueno de Job hubiera tenido una con semejante apéndice en su célebre muladar, en vez de citarse hoy como un modelo de resignación y mansedumbre, recordáramos su memoria como la del mayor de todos los energúmenos habidos y por haber.

¿Te ries, amigo lector, creyendo que exagero los inconvenientes de unir un hombre su destino al de una papagayista *pur sang*?

Pues, mira, para juzgar en el asunto con entero conocimiento de causa, vente á vivir á mi habitación si quiera por quince días; y como al tercero no reniegues hasta del primer navegante que tuvo la desgraciada ocurrencia de traernos á la vieja Europa los parlanchines avechuchos, objeto de estas líneas, te autorizo solemnemente para que á guisa de reloj de tortura, me pongas un loro sobre el mármol de la chimenea.

¡Un loro! ¿Sabes tú lo que es tener á todas horas sobre los oídos el incansable martilleo de una graznadora garganta? ¿Sabes lo que es el escuchar cincuenta veces por minuto una misma chillona frase que barrená el tímpano como si fuera un hierro candente, poniendo en violenta conmoción el sistema nervioso?

Pues si no lo sabes, no sabes lo que es cosa de gusto; y puedes decir á boca llena, por muchos que hayan sido tus sufrimientos en esta pícara vida, tan rica de amargos azares, que te falta conocer el mas agudo, el mas desgarrador, el mas horrible.

Para que puedas formar siquiera una remota idea de lo que es ese cruento martirio, voy á confiarte algunos pormenores de mi vida íntima.

Escucha:

## II.

Yo, aquí donde me ves, no soy nada en resumidas cuentas. Ni ministro, ni banquero, ni propietario, ni gerente de una sociedad anónima, ni tan siquiera diputado á Cortes: nada, en fin, porque menos que nada, si cabe en lo posible, son los *literatos de oficio*, como los llama la aristocracia *financiera*, y yo por mi desgracia pertenezco á ese número. En una palabra, y para no andar con mas rodeos, soy lo que en el lenguaje del mundo mercantil se conoce con el nombre de *cero á la izquierda*, ó *quidam*, si así te gusta mas: una pobre gota de agua perdida en el tormentoso océano literario del siglo XIX.

Por todo capital poseo una mal tajada pluma, si bien es verdad que pido á Dios, con todas las veras de mi alma, conceda á mi gigante ambición una de las que sirven á las audaces águilas para remontar hasta el sol su atrevido vuelo.

Sin otra productiva finca mas que la mencionada, ya podrás comprender la necesidad absoluta en que me hallo de asomarme constantemente al sombrío cráter de mi tintero, para pescar en su negro fondo el imprescindible *pan nuestro de cada día*.

Pero, por mal de mis pecados, tengo una vecina, y aquí empieza Cristo á padecer.

No te hago su retrato, porque todo cuanto pudiera

decirte de ella sería un débil y pálido reflejo del tesoro de sus gracias.

Es preciso contemplar el óvalo perfecto de su rostro, sentir el peso de su magnética mirada, ver su talle flexible y cimbrador como el airoso tronco de las palmeras del desierto, y escuchar su vocecita dulce y melodiosa, como el canto matutino de la enamorada golondrina, para comprender hasta qué punto es hechicera. En fin, para colmo de males, esta peligrosa criatura tiene el candor y la fresca lozanía de diez y siete años no cumplidos. Y digo «para colmo de males,» porque valiéndome de la gráfica espresión de los hijos del pueblo, es imposible ver esta *perita en dulce*, sin que se le haga á uno la boca agua.

Después de esto, casi me parece inútil añadir que la tal vecina me gusta mucho mas de lo que al reposo de mi corazón fuera conveniente.

Verla, ha llegado á ser para mí una necesidad tan imperiosa, que sería un sacrificio inmenso mudar de cuarto y un empeño irrealizable condenarme voluntariamente á vivir lejos de la atmósfera en que ella respira.

¡Es tan mona, tan ingenua, tan cariñosa! ¡Tiene un lenguaje tan dulce, tan sencillo, y tan apasionado al mismo tiempo!

Y sin embargo, la detesto con mis cinco sentidos, acaso en el mismo instante en que la adoro con todo mi corazón, y la maldigo mientras la colmo de bendiciones.

¿Te choca semejante contradicción?

Pues es muy fácil de explicar.

Este querubín femenino, esta bellísima virgen, desprendida por un conjuro mágico de algun lienzo de Rafael, que la fatalidad trajo á vivir tabique en medio de mi humilde tugurio, tiene un maldito loro que me ha hecho gastar mas paciencia de la que necesita un pescador de caña.

¡Y cuidado que, sea dicho de paso, necesitan una poca los industriales del anzuelo!

Hé ahí resuelto el enigma de los contradictorios sentimientos que me inspira la hechicera moradora del cuarto inmediato al en que yo vivo.

Cuando la veo sola, me deleito contemplando su belleza, y entonces daría la mitad de mi vida por una palabra de amor de sus purpurinos labios.

Pero cuando la veo prodigar sus caricias al condenado loro y acercar su boquita de grana al retorcido pico del avechucho americano; cuando observo el improbo trabajo que se toma por desarrollar las facultades oratorias del asqueroso animalito, mi cariño se convierte en odio y hago propósito firme de arrancar su imagen de mi corazón y de marcharme con los bártulos á otra calle donde no pueda verla.

¡Vana esperanza!

Al desaparecer la jaula del balcon, desaparecen mis propósitos de fuga y me siento de nuevo encadenado por sus hechizos.

Pero esta lucha continua da origen á diarias escenas que me parecerían altamente cómicas, si en ellas no desempeñara yo el papel de víctima.

Y créeme, lector amigo, estas violentas y cotidianas transiciones del amor al odio y del aborrecimiento á la adoración, concluirán por anonadar mi sér, por convertirme en un autómatá.

Porque si mi vecina es el consuelo de mi azarosa vida; si su mágica presencia, á la manera que el sol rasga las sombras de la noche, disipa las brumas de la melancolía que á veces enlutan mi alma, en cambio su endemoniado loro es mi eterna pesadilla, mi divieso, mi dedo malo, mi potro de tormento, la envenenada gota de hiel que el destino arrojó en el cáliz de la felicidad que prueba mi corazón á la vista del mas acabado modelo de mujer.

Si no existieran las vocingleras aves que la sórdida codicia de los europeos arrancó de los bosques de la virgen América, yo sería el mas feliz de los mortales con poder contemplar de cerca el angélico semblante de mi sin igual vecina.

Pero, como la dicha no es de este mundo, la envidiosa fortuna me condena á perpetuo loro para hacerme el mas desdichado de los nacidos.

Mira, siempre que tomo la pluma con el objeto de ocuparme de un trabajo sério, es decir, de hacer la consabida pesca de que te hablé mas arriba, como si al animalito se lo dijieran al oído, empieza á pedir chocolate con voz chillona y á repetir una á una las pruebas de la esmerada educación que recibe de su amita.

No hace muchos días, creo que fue en la semana anterior, me senté al bufete para escribir una veintena de cuartillas, que esperaba cambiar á reglón seguido... ¡por qué, dirás? por unas botitas de charol que me hacían muchísima falta.

Esto será algo prosáico; pero ¿qué quieres? la vida está llena de prosa, y sabido es que las necesidades materiales embarazaron siempre la marcha del genio.

No vayas á deducir de aquí, y sea dicho entre paréntesis, que yo me precie de poseerese don divino; aunque, á decir verdad, mas de cuatro notabilidades llamadas *genios*, que hoy figuran en el pináculo de las letras, cambiarían su chirúmen por el mio, sin que para ninguno fuera el trato notablemente ruinoso.

Pero en esto como en todo entra por mucho la osa

día, y no en vano ha llegado á ser un axioma incontrovertible la frase, *de los audaces es el mundo... y de los tontos el reino de los ciegos*.

Decía, pues, que habia tomado la pluma para *escribir unas botitas*.

Recuerdo perfectamente que me hallaba en uno de esos felices momentos de inspiración en que las ideas se presentan con maravillosa lucidez.

Pero no bien habia concluido de trazar la primera línea, cuando el horripilante pajarraco dió principio á su letanía de *gracias*, gritando con voz estentórea:

—¡Batallón! ¡armas al hombro!... ¡harrs!

—¡Que no se te cayera el pico! murmuré entre dientes, pegando un soberano puñetazo sobre la mesa.

—¡Por el flanco derecho! ¡raaam!... ¡tram!... ¡raaam!

—¡Aprieta, hijo, aprieta, que para redoblitos estamos!

—¡Lorito! ¿eres casado? ¡ajajajaj, qué reeeegalo!

—¡Y que no haya quien te regale un confite de purísima estricnina!

—¡Yo no quiero ir á la escuela, ea... porque el maestro me pega!

—¡Así te vieran mis ojos pegado como un cartel de anuncio contra la pared de enfrente, maldito!

—Pepita, ¿eres hermosa? ¡como una rooosa!

—¡Sí que lo es!... ¡sí que lo es, por desgracia mia! pero cuando pienso que tú eres su educando favorito, me parece una furia del averno.

—¡Lorito! ¿estás malo?

—Pero, Señor, ¿por qué grave delito me condenas á una tortura semejante? clamé por último, falto ya de paciencia, mientras arrugaba entre mis crispados dedos la empezada cuartilla.

Levantéme renegando de mi destino, y cogiendo un tiesto de flores de la chimenea, me dirigí al balcon, resuelto á lanzar aquel proyectil de mayor calibre sobre la jaula del execrable parlanchin; pero la presencia de mi vecina, que salía en aquel momento con un papel de bizcochos en la mano para regalar el pico de su querido prisionero, contuvo mi ya enarbolado brazo.

(continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

En este número damos un grabado que representa el departamento destinado a la acuñación en la casa de moneda de esta corte, de la cual publicó ya EL MUSEO otras vistas exteriores é interiores.

Hé aquí algunos símbolos curiosos: el gallo es símbolo de la vigilancia; la tortuga, de la castidad; la tórtola, de la fé conyugal; la paloma, de la inocencia; el pavo, de la vanidad; el tigre, de la ferocidad; el león, del valor; el cerdo, de la glotonería ó de la gula; el gorrion, de la lascivia; el asno, de la ignorancia; la urraca, de la locuacidad; el perro, de la fidelidad; la corneja, de la longevidad; el lobo, de la crueldad y la rapiña; el raposo, de la astucia y el fraude; la hormiga, de la economía; el mulo, de la terquedad; la liebre, de la timidez; y el buho, de la prudencia.

No há mucho se reunieron varios magistrados en la estacion de policía de Liverpool, para hacer experimentos con un líquido combustible cogido á los lenianos. Vertido este líquido sobre algodón ó madera, se inflama inmediatamente. Lo mismo sucede cuando se arroja contra un muro una botella llena de él. Este líquido es tan combustible, que una materia impregnada de él puede permanecer algun tiempo dentro del agua, y después de sacarla no tarda en inflamarse.

En China nunca se presentan las mujeres en escena; sus papeles los desempeñan muchachos: en Cambodge sucede todo lo contrario; solo mujeres aparecen en las tablas, y solo ellas interpretan los papeles de los dos sexos, escepto los clowns, que con sus bufonadas entretienen al público. La orquesta se compone de una batería de armónicos, que no deja de producir agradables melodías; alrededor de los músicos se halla una cincuentena de mujeres cantando coros y acompañando á la música con el ruido que produce el choque de dos trozos de Cambou.

Esto contribuye mucho al efecto general, sobre todo en los aires vivos; en cuanto á las danzas, son mas bien movimientos de caderas y de brazos que de pies, pues con estos últimos solo hieren el suelo, pero sin levantarlos nunca.

Las bailarinas, lujosamente vestidas, son por regla general jóvenes y bonitas, y muy graciosas en sus posiciones individuales y en las figuras que forman, mezclándose entre sí y manifestando sensaciones apasionadas; sus uñas, que dejan crecer dos ó tres centímetros fuera de los dedos, están doradas; las muñecas se replagan atrás y adelante.

Un inglés, Mr. Russell, ha logrado obtener de materias vegetales hasta ahora sin valor, un gas de alumbrado al menos igual, si no superior, al gas ordinario. Lo mas curioso de este descubrimiento es, que el residuo que queda de las materias de que se saca el gas tiene un valor considerable.

Los ingresos de la empresa del cable eléctrico transatlántico desde el 28 de julio al 21 de setiembre, han sido de 4.370,000 reales. El día que mas, ha producido 190,000. Se transmiten actualmente desde quince á veinte palabras por minuto.

Los periódicos ingleses dicen que mister Sorel ha inventado una especie de cemento, que reemplazará con gran ventaja al yeso para el revestimiento de los muros exteriores de los edificios. Se estienden sucesivamente sobre la pared dos capas de blanco de zinc y cola. La reaccion de las dos capas produce el oxí-cloruro de zinc, que es un cemento fino y lustroso como el vidrio.

La fábrica de cañones de acero fundido de Esson enviará á la esposicion universal de París un cañon gigantesco, mayor que cuantos se han visto hasta ahora; pesa 10,500 kilogramos y lanza proyectiles de acero fundido de 500 kilogramos, recibiendo una carga de 30 kilogramos de pólvora. El proyectil tiene la forma de cilindro cónico y produce enormes destrozos donde tropieza.

Segun vemos en los periódicos franceses, Mr. Meyer, telegrafista de tercera clase en el vecino imperio, ha inventado un aparato que, de pequeño volumen y sin exigir las costosas hojas de papel químico, da la solución mas sencilla y mas ingeniosa de la reproducción de la escritura á distancia. Mr. Meyer fue llamado el año próximo á París, y la administracion francesa, despues de haber examinado los planos de su aparato, le proporcionó cuantos auxilios y recursos le fueron necesarios para llevar á cabo su obra, que segun nuestros colegas franceses, ha de causar una gran revolucion en la telegrafia.

Al firmarse el tratado de paz entre Prusia y Sajonia dijo el negociante sajón Mr. de Friesen: «firmo el testamento de Sajonia.» «Decid mejor, contestó el diplomático prusiano Mr. de Savigny, su casamiento con Prusia.»

## DE NOCHE.

Ayudando mi frente calorosa en el frío cristal de la ventana, en el silencio de la oscura noche de su balcon mis ojos no apartaba. En medio de la sombra misteriosa su vidriera lucía iluminada, dejando que mi vista penetrase en el puro santuario de su estancia. Pálido como el mármol el semblante, la blonda cabellera destrenzada, acariciando sus sedosas ondas sus hombros de alabastro y su garganta, mis ojos la veían, y mis ojos al verla tan hermosa se turbaban. Mirábase al espejo, dulcemente sonreía á su bella imagen lánguida, y sus mudas lisonjas al espejo con un beso dulcísimo pagaba... Mas la luz se apagó; la vision pura desvaneciéndose como sombra vana, y dormido quedé, dándome celos el cristal que su boca acariciara.

F.

## MAL DE OJO.

(CUENTO)

(CONTINUACION.)

Entre tanto que Diego y Antonia, separada ésta de sus padres, vivían, bien que con la poquedad que daban las farsas, con el preciso desahogo para quien nunca tuvo mucho, Blasa comenzó á vender las pocas prendas que en su casa quedaban, y cuando ya mas no tuvo que empeñar, pordioseó. Su miseria desde entonces crecía á par de la grandeza de Diego, porque éste, no satisfecho con los pocos dineros que Antonia ganaba y cobrados otra vez sus antiguos vicios, cayó en el último y mas despreciable de todos, que es el ne-

gociar hermosura y vender favores, comer de la honra y vivir de la costa de la propia vergüenza. Hermosa era la hija del segoviano, pero honrada en lo que no tocaba á sus amores con el deshecho pañero: Diego hízola buscona y puso á cuento su belleza, que, como ya he dicho, tenía muchos y buenos pretendientes, que presto hinchieron la casa de regalos, pero tambien de infamia. Gozó Diego de la largueza y abundancia que á la mano se le había venido; pero ¡á cuán amargo y duro precio! Reiansenle todos, todos le mofaban, escupíanle al rostro, hacíanle tretas ruines, entre tanto que se le podía decir, como en el romance,

todo lo miraba Nero,  
y él de nada se dolía.

¡A cuán bajo y doloroso extremo conducen, perdido el rubor y roto el freno de la vergüenza, las malas inclinaciones del ánimo! ¡Qué miserable vida la del sin honra Diego, de la sin ventura Blasa y de la mal aconsejada Antonia! Pues todavía fue mas dolorosa y triste, como verá el que hasta la postre leyere la relacion de esta verdadera historia.

## IX.

Y fue que la corcovada, como tan celosa y ofendida estaba de la comedianta, imaginó tomar de ella venganza, que fue tan grande cuanto la afrenta que su marido y Antonia la habían hecho. Hízose espía continuo de la hermosa y Diego para topár ocasion en que verse con ella á solas; mas como su endiablada corcovadura no la dejaba esconderse y disimularse hasta donde quisiera, como no podía embeber sus jibosidades ni alargar su talle, érale preciso inventar mil maneras de que no la viesen antes de lo que á su intencion convenia. Del mucho aguardar en medio de las calles con aguas y frios, del poco regalarse y de aquella desesperada vida que traía, Blasa quedó tan desvañida y flaca, tan negra y huesuda, que si antes era fea, ahora parecia espantosa. Huíanla los muchachos, hacíanla la cruz las mujeres, y guardábanse de ella como del enemigo malo los hombres.

No de otra suerte llegó una noche á la puerta de la casa en que vivía con Diego la comedianta, y llamó con dos compasados golpes, como ella sabia que acostumbra su propio marido para conocimiento de Antonia, y para que si algun barbilindo dentro estaba, hubiese tiempo de lo esconder ó echarlo por el corral. Blasa acababa de ver á Diego del todo borracho en una taberna de la calle del Lobo, de que, como concedora de aquellos trances del pañero, comprendia las horas que aun para volver á su morada emplearía, y sabiendo que la hija de maese Estéban sola se hallaba y con miedo, aventuróse, como he dicho, á llamar con los dos mesurados golpes de Diego, con que Antonia se alegró, y abrióle la puerta desde adentro con un cordelillo que para el caso tenia en la misma anudado. No se le podía ofrecer mejor á la jibosa, que ni aun doncella habia en la casa, por haber la de Antonia en aquella tarde misma idose á ver y asistir á su padre que adolecia en un lugar cercano, que aun esto tuvo presente Blasa para lo que intentaba.

Pues como tan confiada de que Diego era el que habia llamado á la puerta, la comedianta, que aun mucho le quería, hubiese dejado la farsa que estudiaba para la tarde siguiente, y tomado la candela para alumbrar al esperado mozo, no bien habia llegado al comienzo de la escalera, topó con Blasa que subia trabajosamente, segun que á ello la forzaba la famosa torcedura de sus piernas. Tal parecia la corcovada, con su andar torpe y extraño como el de un oso del cercano monte del Pardo, con su figura sucia y andrajosa, su descompuesto rostro y desgredada cabeza, y mas que todo con sus ojos reluciendo como los de un gato negro, que poco faltó para que Antonia no cayese en tierra privada del sentido. Quedóse muda, la color cambiada, la vista fija, y toda temblando y aterrorizada, mientras que Blasa reía con una risa de burla que añadiera espanto, si el que ya la comedianta con la sola presencia de la jibosa tenia no fuese el mayor que sintió en su vida.

—De presto os entró el miedo, lindilla, comenzó de decir la corcovada, llegado que hubo al alto de la escalera. Chasqueada sois, engaño os han hecho, que os trocaron el galan y os han traído á quien, por mi fe, que no os dé gusto. Dejádme entrar en el aposento, que hablaros tengo, y luego vendrá vuestro Diego, que antes fue mio, y agora duerme del mucho vino que con los dineros de vuestros amores ha bebido; que, por el diablo, mi prenda, que él es ya tan honrado como vos y vos como él.

—¿Qué busca ucé en mi casa? preguntóle Antonia, mas sosegada del susto que le diera el yerro pasado y el hallarse con la corcovada en el lugar de Diego.

—¡De ucé me trata! repuso la jibosa. ¡Miren qué pulida, y cómo se le han pegado las culturas de los caballeros y de los autores de las farsas que representa! Pero andá con Pateta, que plebeya sois, y yo tambien, y aun vos bastarda, para mayor vergüenza.

—Reportaos, buena mujer, añadió la comedianta, bien que no colérica, sino temerosa, que tanto puede la fuerza de la razon, y tenía entonces Blasa como ofendida que era de la hija del pañero segoviano. Esta

prosiguió despues: decid lo que á esta casa os traya, andad de presto, que es fria y áspera la noche.

—Mas pues que decís que es fria, dijo Blasa, y allí veo lumbre en vuestro hogar, doleos de esta pobre y pueda calentar en vuestro aposento sus helados miembros.

—Tanto da, repuso Antonia entrando en la pieza, que me habéis en el rellano como junto al hogar, con tal que os vais de seguida.

—No os entre tal cordojo y tanta pena, amor mio, dijo otra vez la corcovadilla, que siguió á la enemiga suya, y tomó un taburetillo en frente de un payuelo en que la otra se habia sentado. No vengo á quitaros al que es vuestra vida y señor; que tal me le habéis puesto, que ni aun esta infelice lisiada le quisiera para sí. Guardáosle, la niña, mantenedle sus vicios, dadle hartura, que él responderá por vos y los otros á lo que hubiere y á mas que venga. ¡No, sino que buscaria yo á mi velado, aquí donde tantos se pierden y él sólo se encuentra!

—Pues si á él no buscades, habló Antonia, yo no os tengo que dar. Idos, pues.

—¿Eso quereis? preguntó la hija de Prieto; y luego: por mi vida, dijo, que lo haré cuando hayáisme escuchado unas cuantas palabras. Que no quiero que aquí me encuentre mi señor marido, y entre él y vos pongais fin á este monton de harapos que se llama Blasa, y de quien nadie haria memoria mañana, si no es una triste criaturilla que se le ha muerto el padre, y no tiene mas amparo que este pecho flaco y miserable. ¿No conoceis vos, la comedianta, la hermosa, la feliz, la cortejada de muchos, la de todos favorecida y loada, no conoceis, decidmelo que os lo ruego, al padre de mi hijo? ¿Habréisle visto por ventura en los corrales de vuestras comedias, allí á donde va la flor de los caballeros, la espuma de los galanes, la nata de los mancebillos enamorados y atreviduelos? Decidlo, señora comedianta, decidlo, la hermosa Antonia, por quien perdido tiene Madrid el seso y los dineros.

La hija de maese Estéban creyó buenamente que la corcovada tenia perdida la razon del mucho amor á su infiel marido, y comenzó de temblar que no hiciese con ella alguna locura de las que suelen los dementes, y que ella habia visto en el ya por entonces famosísimo hospital de Valencia, cuando allá llevóse la su padre para que olvidase á Diego. Demás de este natural temor en mujer, y medrosa, y sola, Antonia sentíase opresa por su misma falta, que era causa en gran parte de aquel dolor que dementaba á Blasca. Poníasele delante su maldad para con la jorobada, y achicábasele el corazon de miedo á ella y á la cólera de Dios, de quien el hombre malvado no se acuerda mas que en los instantes de la tribulacion, así como de ordinario ninguno hasta que siente el trueno y teme el rayo se acuerda de alumbrar la candelilla de Santa Bárbara.

—Que el Señor os perdone como yo, dijo lentamente á la patizamba, los denuestos que me habéis dicho; y si mas no quereis, yo os lo pido, marchaos ya.

—¡Qué es marcharme! ¡Qué es perdonarme! gritó Blasa doblando la voz. ¡Herida soy, y os poneis el bálsamo! ¡Matáisme, y me dais el perdon! ¡Que la denuesto y ofendo, dice esta maldecida de mujer! ¡Pero vos sin duda no habéis pensado bien en quien yo soy, y lo que puedo! Hablad, hablad; ¿me conoceis? Preguntáboos enantes por el padre de mi hijo, y agora os pregunto: ¿sabeis quién yo soy?

Antonia se ponía mala oyendo á la corcovada, y tanto mas, cuanto que se le vino á la memoria que en aquel mesmo día habían hecho ejecucion en una mala hembra, paseándola por las calles de la villa y detrás al adultero á quien azotaba de lo lindo el verdugo jurado de la real chancilleria. No embargante el miedo que en ella crecía de cada vez mas, contestó á la jibosa:

—Basta ya, buena mujer, basta ya de entreteneros conmigo. Os he dicho que os vais; agora os digo que no os conozco, que en jamás os he visto, y que ni sé, ni saber quiero quién sois.

—¡Que no me conoceis! dijo Blasilla sin desconcertarse. Así me salve Dios como que sois torpe y ignorante, hermosa. Nada hay en la córte mas de sobra que yo, sino sola vos, que se os topa con solo querer. Mas pues que dicen que es obra meritoria aprender al que no sabe, oidme, prenda, y diréos quién soy yo, quién vos sois, y lo que os podrá acontecer si me placiere.

## X.

Y levantándose del escabelillo y dando un paso ó dos á donde estaba Antonia,

—Yo soy, la dijo, una infelice mujer que por mal de sus pecados se desposó por amor con un maldecido de un hombre, abrigado, como sierpe, á los pechos de mi padre. Yo soy Blasilla, la del Meson de Paños, la corcovadica, la patizamba, la espantable por su fealdad, á quien un día mintió amores el que al presente á vos los está mintiendo, que no puede querer bien ni á nadie el que abandona á su propia sangre, á su mesmo hijo. Yo soy la mujer legitima, por ante Dios y la Iglesia, de Diego, vuestro querido Diego, que con vos agora vive, y que por vos me deja miserable y hambrienta. Vos sois la mujer mala, que me habéis ro-

ANTAÑO.



Ortego

PARIS

Mi madre me ha mandado  
que no te quiera,  
y yo le digo: «madre,  
¡si usté la viera!»  
Quedó tamaña,  
y mordiéndose el labio,  
dijo: «¡caramba!»

bado el bien y la ventura, como antes vuestro padre me robó la riqueza de los míos y que á la postre debía ser para mi hijo. Háisme arrebatado al marido, háisme tambien muerto á mi hijo, que, lo veo, se morirá presto; háisme, vos y los vuestros, destruido la casa y la hacienda, y la salud y el contento, que es lo que yo mas preciaba; háisme hecho aborrecible á todos, porque me haceis que yo ansimesmo todo lo aborrezca; háisme arrojado en la desesperacion, y haré contra vos, ¿oíslo bien? todo lo que la desesperacion me diga que haga, todo, hasta mataros, si menester fuera, á la misma presencia de vuestro querido Diego.

Y Blasa entonces mostró á los aturdidos ojos de la comedianta un largo cuchillo que entre los pliegues de la saya traia oculto. De que lo vido, escapóse á Antonia un grito de espanto, y con mortal angustia pidió una vez favor; pero su acento perdióse en una gran risa de la corcovada, que la dijo:

—No temais, medrosilla, que no os guardo para tan poco. Heriros pudiera sin que nadie lo supiese, ni aun vuestro Diego. Tambien podria hacer que vos y vuestro amante sufriérais la pena de los impuros, y él fuera azotado y vos sacada á la vergüenza. Mas ni esto quiero. ¿Qué se os daria de que os pasearan caballera en un pollino, si hais perdido há tiempo la prenda mas hermosa de la mujer? ¿Qué se os daria de que azotaran á vuestro Diego, si ya le quereis bien sin honra, como él os quiere á vos, desventurada?

Irguióse Antonia, herida por las palabras de Blasia. Resistíasele que tan sin compasion la corcovada tratase á su Diego, por quien ella habria dado la sangre de sus venas; y bien que el terror la contuviera, no pudo sino decir á la jibosa con entera voz:

—Acabe ya, señora, ese vuestro desatentado y loco razonar. Os he dicho que no os conozco ni quiero. Dejaos de insultos, y cumplid, si podeis, vuestro propósito, como bien os agrade; pero, sabedlo, no os sufriré un momento mas sin pedir socorro contra vos, que habeis entrado en mi casa para robarme el reposo,

como ya no querais robar mis joyas, que no otra cosa parece, al veros armada para una débil mujer.

Como la tigre de Hircania se arroja sobre el persa extraviado en sus selvas, así Blasa sobre la comedianta, que se creyó perdida, y nuevamente cayó sobre el poyo de que se habia levantado. La corcovada, con ferroz acento, gritaba á Antonia:

—¿Ya os habeis cansado de sufrir, infame? ¿Ya os cansan mis palabras, y no hace aun bien media hora de que os hablo? ¿Qué diré yo, que há tanto tiempo sufro? No, no, barragana, padecer ahís mucho aun, padecer hais hasta que vuestros ojos estén como los míos. Miradlos: eran tanto ó mas hermosos que los vuestros; eran mi sola hermosura; agora, miradlos, que han de haceros mal.

Y la corcovada tomó la candela de sobre una mesilla, y asiendo á la comedianta, puso tan cerca de su cara la cara de Antonia, y tan á sus ojos los ojos de la misma, que juntábanse los alientos y resuellos de ambas. Allí era el ver el rostro hermosísimo de la una frente al renegrido y espantable de la otra; aquella boca de que, con el temor, huido habian los corales, pero no las perlas ni el ámbar con que salian envueltos los suspiros, junto á la otra sima infecta y hedionda; y por fin, aquellos dulces ojos de Antonia cerca de los de la corcovada, en otro tiempo los mas lindos de la villa, y entonces horribles de espresion. Porque los ojos de Blasa herian como venablos, y entrábase la mirada fija, encendida, de la hija de Prieto, en el cerebro de Antonia, de la propia manera que si se la entrase una daga buida. Lo blanco de aquellos habiase trocado en rojo, y lo negro chispeaba como punta de diamante. Antonia queria entornar sus ojos por no ver los de la corcovada, pero no podia, que una fuerza incógnita parecia vedárselo; miraba, miraba á Blasa, y puesto que comprendiera que algun mal vendriale con aquello, no podia, no hacerlo, ni se atrevia. Helábasele la sangre en las venas, como si le hubieran dado á beber un filtro envenenado; su cabeza

se perdia, y dentro al cerebro figurábase que se le derretian y hervian los sesos con todo lo que allí tuviese, como la memoria y las demás potencias. Creia ver hácia la parte de dentro de su cabeza, y creia ver hácia allí todos los papeles de las farsas que tenia representadas, y todos los actos de su vida anterior, desde que comenzó á aprender á cantar en las comedias que lo requerian, hasta que se enamoró de Diego, y hasta que vendióse ó otros para ofrecer á aquel los dineros que sus vicios habian menester. Y toda aquella confusion de sucesos fingidos y verdaderos, que entonces todos para ella lo eran, pasaban y tornaban á pasar sin concierto y desordenados, una vez, y otra, y muchas, y muchas mas. Y á todo esto, Blasa no la quitaba ojo, sin mas decirle palabra, sin desasirse de ella y sin dejar la luz que al un lado de ambas y á la altura de sus rostros tenia puesta.

Bien habia pasado su cuarto de hora de que esto acontecia, cuando la corcovada, soltando á Antonia y poniendo la candela sobre la mesa, dijo en voz como salida del cavernoso pecho.

—Y agora, yo os fio que me habeis de conocer y recordar para todo el tiempo que la misericordia de Dios quisiera que viviéseis. De noche y de dia, lo mesmo cuando esteis gozando en vuestros amores, que cuando vayais á divertir al vulgo de los corrales con vuestros pasos y comedias, tendreis á vuestros ojos á este monstruo de la mujer que se os ha metido en el alma para no dejarla reposar, como vos la comedianta y vuestro maldecido padre os habeis entrado en mi casa para quitarme la paz y la ventura de toda la vida. Yo os fio que os habeis de acordar para siempre de Blasia, la corcovada, la patizamba, la fea, la espantosa mujer de vuestro amado Diego. ¿No es verdad, ramera impúdica, que os acordareis? Y esto preguntó la hija de Prieto dando un desesperado grito y sacudiendo fuertemente el brazo de Antonia, quien no se movia, llena aun su frente de visiones y su alma de terror.

—¿Mas que agora prosiguió la gibosa, ya conoceis tambien á mi hijo y al padre de mi hijo? Decídmelo, hermosa, decídmelo por vuestra vida. ¿Conoceis á un tierno infante que viene á buscar en mis desnudos pechos el jugo de la existencia, y no lo halla, porque yo no tengo que llevar á la boca el pan que vos arrojaís de la mesa de vuestros festines deshonestos? ¿Conoceis al hombre miserable que medró á mi costa, que subió por mí los escalones de su fortuna, al hombre que me debió la honra y el interese que tenia y tenian mis padres, para luego, como villano que era, arrojarme á mí y mi hijo lejos de sí, por vuestras desenvolturas y embelecos? Decid si le conoceis, amor mio. Que si no os bastaren las señas que os he dado, os diré que ese hombre, nacido del vicio, engendró el vicio, y en el vicio busca al fin su centro y el centro de su vida; dejóle en el desamparo el que debia ampararle, y él desampara á los que debe proteccion y arrimo; se alimentó de infamia, y solo infamia puede dar. Y agora, ¿tampoco le conoceis, prenda?

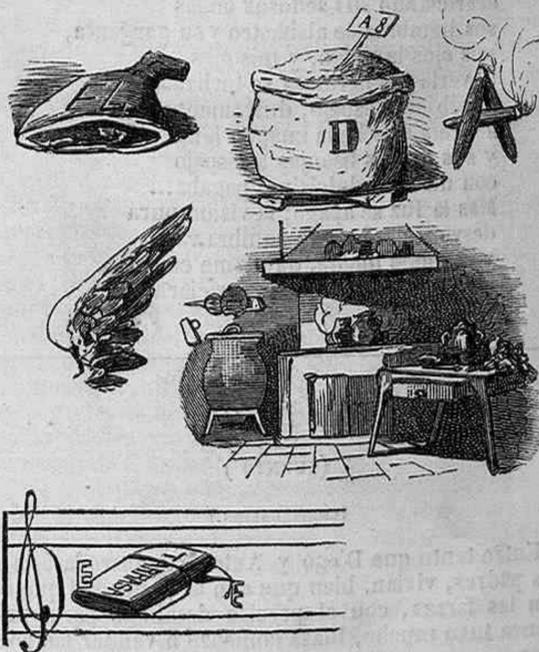
(Se continuará.)

FEDERICO VILLALVA.

## GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Los pollos con tomate gustan en general, y con levita gustan á niñas y á mamás.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.  
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID, PRINCEPE. 4.